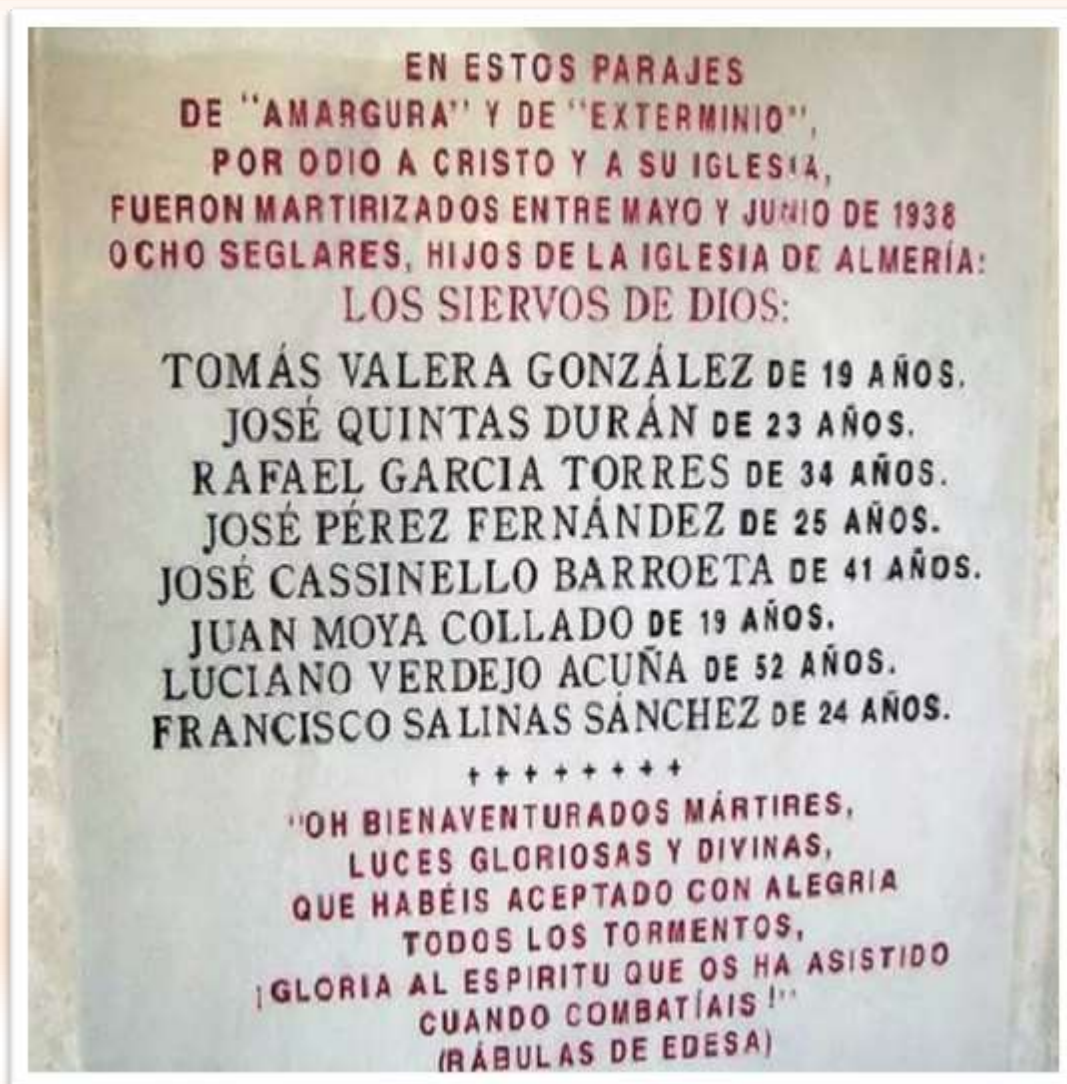


LOS MÁRTIRES DEL CAMPO DE EXTERMINIO DE TURÓN DE LA ALPUJARRA

“Los seglares martirizados son un tesoro de la iglesia que nos enseñan que Jesucristo es el bien más precioso, que vale más que la vida” Arzobispo de Granada Mons. Francisco Javier Martínez



En la primavera de 1938, cuando la guerra se veía ya perdida para los republicanos, las autoridades de Almería y de la zona republicana de Granada dispusieron crear un llamado campo de trabajo, que fue realmente campo de exterminio de detenidos y represaliados, instalándolo en Turón, pueblo de 300 habitantes, oculto por los montes de la sierra de la Contraviesa en la Alpujarra granadina, colindante la de Almería. En distintas expediciones llevaron allí a más de 500 presos. Ocho de los seglares sacrificados en Turón fueron ya beatificados por la Iglesia en 2007, y otros tantos lo han sido el 25 de marzo de 2017.

En Almería en 1938 se anticiparon los campos de exterminio



El 3 de mayo de 1938, a poco de ser nombrado nuevo Gobernador de Almería, Eustaquio Cañas dispuso saliera de la cárcel de “El Ingenio” con destino a Turón una primera expedición de 300 presos políticos en doce camiones al mando del Teniente Céspedes

Turón en la Alpujarra granadina

Con la lista que el gobernador enviaba a Galán, jefe militar de Berja, acompañaba una nota que decía: *“Ahí te mando 300 fascistas; cuando se te acaben te mandaré más”*. Así lo haría después con otros 200 presos. Oficialmente eran enviados como mano de obra para la construcción de la carretera de Turón a Murtas, obra de supuesta importancia estratégica para el aprovisionamiento de tropas.

Eran presos poco significativos: algún sacerdote, católicos practicantes, militares retirados, empleados, y además algunos presos comunes de entre los que los jefes del campo nombraron sus capataces de confianza. De los de más de 500 presos trasladados al campo de trabajo, la mayoría morirían allí, logrando volver a sus casas al terminar la guerra sólo unos 50 supervivientes. Narra Alfonso Zamora en su libro *Los Mártires de Turón* que en el verano de 1938 comenzaron a circular por los pueblos de la Alpujarra oriental rumores siniestros de que en la carretera de Turón se estaban cometiendo asesinatos, y que “una ‘checa’ encargada de los presos políticos llevados a trabajar en la construcción de dicha carretera, los iba ‘eliminando’ día tras día por los procedimientos más inicuos y feroces”.

Lo confirmaría el anarquista Abad de Santillán en su libro *Por qué perdimos la guerra*, en que cuenta que: *“Un buen día se recibe en las brigadas pertenecientes al XXIII Cuerpo de Ejército [de mando comunista] una orden de éste para que cada Brigada mandase un pelotón o escuadra de probada gente antifascista. Así se hace, y se le dan instrucciones completas para que marchen a Turón, pueblecito de la Alpujarra granadina. Se les dice que hay que eliminar a fascistas para el bien de la causa. Llegan a Turón los designados y matan a 80 personas... en pleno día y ante todo el mundo, pasando una ola de terror trágico por toda aquella comarca”*.

Estaban construyendo una carretera, y los muertos fueron enterrados en sus mismas cunetas. Un anciano de Turón manifestó que *“en aquel tiempo hubo que matar a los perros*

del pueblo porque aparecían en las calles trozos de cadáveres de los presos que iban asesinando cuando hacían la carretera.”

La parroquia de la Encarnación de Turón convertida en cárcel de los presos



La parroquia de Turón está dedicada a la Encarnación de Nuestra Señora, y en su templo fueron reclusos los presos, que sufrieron todo tipo de privaciones y vejaciones por los guardianes de sus trabajos forzados.

Parroquia de la Encarnación de Turón, cárcel de los presos

De noche permanecían encerrados en la iglesia como dormitorio; la sacristía servía de letrina; y el despacho parroquial de lugar de tortura de presos, cuyos gritos nocturnos estremecían a los vecinos del pueblo. Cada mañana interminable fila de presos formaba a la puerta de la iglesia y se encaminaba a la empinada pendiente de entre 3 y 4 kilómetros que debían subir con pesadas cargas, a la que los del lugar llamaron después "cuesta de la amargura" en la que todavía quedan algunas cruces; otras desaparecieron.

LOS MARTIRES DEL CAMPO DE MUERTE DE TURON BEATIFICADOS

Ocho de los 115 ahora beatificados, son seglares que murieron en Turón entre el 20 de mayo y el 8 de junio de 1938: Tomás Valera, joven estudiante de apenas 19 años, que desde niño perteneció al grupo de Tarsicios, pasando luego a miembro de la Adoración nocturna; José Quintas Durán, adorador nocturno de 23 años; José Cassinello Barroeta adorador nocturno de 41 años; Rafael García Torres, joven de Acción Católica y adorador nocturno, de 34 años; Juan Moya Collado de la Congregación de los Estanislao de 19 años; José Pérez Fernández joven de Acción Católica de 25 años; Francisco Salinas Sánchez aspirante a Franciscano de 24 años, y Luciano Verdejo Acuña adorador nocturno de 52 años. No siendo posible la identificación de sus restos, fueron inhumados en el Mausoleo del Cementerio de San José de Almería.

Dos lápidas, una situada en el porche de la pequeña Ermita de las Ánimas de Turón, y otra instalada en la sacristía de la parroquia recuerdan a:

Juan Moya Collado: “Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen...”



Terciario franciscano y congregante de los Luises, pasaba sus ratos libres en el Hospital acompañando y asistiendo a los más necesitados. Iniciada la persecución religiosa, el 11 de octubre de 1937 trataron de prenderlo en su casa, pero al no encontrarlo, detuvieron a su padre y a uno de sus hermanos. Al saberlo se presentó y los liberó, pasando él a prisión por más de medio año, primero en el Palacio Episcopal, luego en el Ingenio y, por último, en Turón, donde se desvivía cuidando de los demás presos enfermos.

Su padre rememora que se ensañaron terriblemente con él, y el 22 de mayo de 1938 le ordenaron llenar un cántaro de agua, y al regreso, siendo consciente de su inminente martirio, les preguntó a sus verdugos la razón de su muerte. Por respuesta escuchó una blasfemia. Retirándose unos metros, mi hijo tuvo tiempo de levantar los brazos y mirar al cielo para pronunciar estas palabras: *“Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen...”* Al oírlas sus verdugos se ensañaron disparándole tal cantidad de tiros que le destrozaron todo su cuerpo.» Enfurecidos al ver que el mártir de 19 años aún se aferraba a la medalla de la Virgen, no lo enterraron para que fuera devorado por las fieras.

Francisco Salinas Sánchez: “Quizás el Señor ha querido que yo sea una flor en medio de un estercolero”.

El Beato Francisco Salinas Sánchez, nacido de familia humilde en el barrio alto de Almería, ingresó en el seminario, pero no pudo proseguir por dificultad para los estudios, por lo que fue empleado como portero. Marchó al noviciado franciscano de Orihuela, pero al comenzar la guerra volvió a Almería. Ayuda a Carmen Góngora a llevar alimentos a sacerdotes escondidos, pues habiendo trabajado en el mercado, conocía a los agricultores de la vega, que con su amigo de 14 años Manuel Román recorría cada semana en carro recogiendo alimentos *“para su familia”*, que no era otra que los sacerdotes perseguidos. Le movilizaron por edad, pero durante el tiempo de instrucción militar y con traje ya de soldado, repartía la comunión consagrada por sacerdotes escondidos a enfermos y encarcelados. Este apostolado conllevaba sus riesgos, y sus propios parientes lo denunciaron. Cuando lo detuvieron, antes de ser registrado, consumió ante los milicianos el Santísimo que portaba. No hubo necesidad de más pruebas. Conducido a la cárcel del Ingenio, el 3 de mayo de 1938 era llevado al campo de concentración de Turón. Sabiéndole cristiano comprometido, le

interrogaron con brutales palizas para hacerle descubrir quien decía Misa por las noches y quienes comulgaban. Francisco Salinas no delató a nadie, y decía a sus amigos: *"Quizás el Señor ha querido que yo sea una flor en medio de un estercolero"*. El 22 de mayo, los guardianes le hacen cavar junto al beato José Quintas una fosa para sepultar a los antes fusilados, y una vez terminada, allí mismo los remataron. Tenía 24 años.

Tomas Valera un joven de 19 años asesinado "porque olía a cera".



Tomas Valera González, joven estudiante de apenas 19 años, desde niño perteneció al grupo de Tarsicios, pasando luego a adorador nocturno. Denunciado como católico, fue detenido en casa de sus tíos en que se había refugiado y llevado a la cárcel de El Ingenio, donde repartía entre los presos la comida que le llevaba su madre.

Trasladado junto a 300 de sus compañeros a Turón, Alfonso Zamora, narra sus últimas horas el 20 de mayo de 1938: *"Cometido el crimen (de José Alemán Illán) el asesino volvió a la brigada y mandó al preso Tomás Valera que fuese con él, provisto de herramientas, para dar sepultura al cadáver. Fue con él al sitio donde yacía la víctima y cavó la fosa que se le había mandado, colocando el cadáver en su fondo. Cuando se disponía a cubrir de tierra el cuerpo de su infortunado compañero recibió un balazo en la cabeza que le hizo caer de bruces en la misma sepultura"*. Un testigo ocular diría que murió al grito de *¡Viva Cristo Rey!* Su asesino dijo que lo había ejecutado *"porque olía a cera"*



José Quintas Durán: *"Por Dios, terminen ustedes de rematarme, que Dios les perdonará"*

Su hermana Julia recuerda: «Mi hermano ha sido bueno desde su infancia, pertenecía a la Adoración Nocturna y a la Congregación de los Luises, Tenía gran devoción a la Santísima Virgen que yo podía observar por la devoción con que rezaba el Rosario en familia cada día, y cuando hablaba de Ella.»

El 1 de julio de 1936 ingresó como soldado, posponiendo sus estudios de medicina. Licenciado al estallar la Guerra, fue detenido junto a dos de sus hermanos, permaneciendo en prisión hasta que lo enviaron al frente de Cuenca. De permiso en Almería, fue nuevamente detenido el 4 de abril de 1938, al descubrir su pertenencia a los Luises, y

conducido a Turón, donde sufrió verdadera tortura. El 22 de mayo, tras una agotadora jornada, le obligaron a cavar una zanja. Su hermano Mario narraba el martirio: «Cuando cavaba la fosa le dispararon unos tiros en las rodillas, quedando tendido en el interior de la fosa. Como comenzaron a echarle tierra encima para sepultarlo, mi hermano, aún con vida gritó: *“Por Dios, terminen ustedes de rematarme que Dios les perdonará”*. » Tenía 23 años.

“Los seglares martirizados son un tesoro de la iglesia que nos enseñan que Jesucristo es el bien más precioso, que vale más que la vida” Arzobispo de Granada Mons. Francisco Javier Martínez



El Obispo de Almería Mons. Adolfo González Montes y el Arzobispo de Granada Mons. Francisco Javier Martínez Fernández, acompañados por familiares y paisanos de los mártires sacrificados en Turón de la Alpujarra. Noviembre de 2008.

Los obispos de Almería y Granada se desplazaron a la que los mártires llamaban *Cuesta de la Amargura*, de Turón para celebrar un acto de oración y recuerdo. En su prisión, la parroquia de la Encarnación, se celebró la Santa Misa presidida por el Arzobispo de Granada Mons. Francisco Javier Martínez Fernández, y a su finalización se bendijo la lápida martirial.

El Arzobispo de Granada dijo en su homilía: ***“los seglares martirizados son un tesoro de la iglesia que nos enseñan dos cosas: primero que Jesucristo es el bien más precioso, que vale más que la vida, y en segundo lugar, que como Jesucristo, independientemente de cuales sean las circunstancias, pues uno puede amar a todos los hombres aunque sean tus enemigos y aunque te estén quitando la vida. Uno puede amar y perdonar. El amor y el perdón son lo único que hace progresar a la historia.”***